

46. El Apóstol de Roma y Lazio

Gaspar fue llamado siempre así, en Roma; y con razón, porque no hay rincón de la vieja Roma, ni pueblo del Lazio donde él no haya derramado el tesoro de su caridad y su palabra. Lo hemos ya narrado en muchas de estas páginas de *Las Florecillas*, pero se necesitaría más de un volumen, sólo para describir lo que hizo en Roma y Lazio, si quisiéramos seguirlo paso a paso: desde su juventud, antes del sacerdocio, hasta los últimos días de su vida: ¡Visitando hospitales, hospicios, cárceles, barrios, callejuelas, plazas, iglesias! Roma no fue sólo la ciudad que lo vio nacer, ¡sino también la ciudad de su martirio y su gloria! Estaba orgulloso de ser un hijo de la Ciudad de los mártires y del Vicario de Cristo. De los romanos tenía el carácter bonachón y chistoso, ¡y nada menos que la fortaleza inquebrantable de la fe!

No nos ha sido transmitido milagro alguno obrado por el Santo en su Ciudad “*porque - dice un biógrafo - le era más fácil defenderse de la mirada indiscreta de la multitud*” y por lo tanto, nadie ha podido transmitirnos un testimonio de eventos comprobados en persona; ¡ni tampoco se podía esperar que él mismo hablara de estos, tan esquivo, humilde y reservado que era! Sólo San Vincenzo Pallotti nos ha conservado la noticia del milagro de su sanación, por obra de Gaspar, y deja entender, sin entrar en los particulares, que él obró allí más prodigios.

Nos hemos tomado la molestia de seguir sobre un mapa geográfico el largo y variado recorrido apostólico del Santo a través de la Región del Lazio y los pueblos confinantes con el Reino de Nápoles, hasta Benevento. De esta forma hemos podido observar, con real asombro, como él haya recorrido tan vasta Región a lo largo y a lo ancho, evangelizando todas las grandes ciudades y la casi totalidad de los pueblos y las aldeas, incluyendo los extensos pantanos Pontinos, en esos tiempos inundados con aguas estancadas y pestilentes, fuente de malaria y muchas otras enfermedades. Como lo hizo, con los medios de comunicación en esos momentos disponibles, la pésima viabilidad en toda temporada, él con su frágil cuerpo, debilitado por el largo periodo de prisión, es un

misterio, que sólo puede explicarse por el ardientísimo celo para la salvación de las almas y la ayuda constante de Dios.

No en vano decían: "¡El canónigo del Búfalo es un milagro viviente!"

El Santo abrió en Lazio siete Casas, las que, a excepción de la de Albano, se encontraban todas en la zona llamada Marittima y Campagna, llamada también Ciociaria: Velletri, Frosinone, Priverno, Ceccano, Sezze, Vallecorsa, Sonnino, Sermoneta, Terracina...; territorio abandonado a la merced de los bandidos, ¡que corrían por aquí y por allá como dueños absolutos! Ya hemos ampliamente hablado de las fatigas y sufrimientos de Gaspar y de sus compañeros para la conversión de los bandidos y aludido a su alegría cuando se logró arrancar aquella página oscura sólo con el arma del Crucificado.

Gaspar, al no haber entonces podido obtener una Casa o una Iglesia en Roma, tras la insistencia del cardenal Pietro Francesco Galeffi, Obispo Suburbicario de Albano, abrió una el 24 de marzo de 1821 en esa ciudad del sector denominado *Castelli Romani*, a distancia de a penas veinticinco kilómetros de Roma. Debido a su proximidad a la Ciudad Eterna, la casa de Albano se convirtió en la Casa General del Instituto y el cuartel logístico de todo el movimiento misionero hasta que, después de la muerte del Santo, se obtuvieran en Roma las Casas de San Salvatore in Campoli en 1841, y la de Santa María in Trivio en Piazza dei Crociferi en 1854.

El Capítulo de San Giovanni Laterano cedió a Gaspar, en Albano, la Iglesia de la Abadía de San Pablo, abandonada por los Padres Jerónimos, anexa al convento y a los terrenos adyacentes. El 21 de marzo tomó posesión el Merlini, quien el día 24 del mismo mes hizo la inauguración oficial y solemne, predicando en la iglesia un triduo en honor de la Preciosa Sangre.

El convento estaba ocupado en su totalidad por los inquilinos, que no quisieron ceder a los misioneros ni siquiera una habitación, obligándolos a adaptarse de la mejor forma en un pequeño espacio. Esta fundación también comenzó entre cruces, conforme a la característica de las obras de Dios.

En el primer domingo de julio, propio en el día de la fiesta de la Preciosísima Sangre, mientras que los misioneros estaban en la iglesia cumpliendo las funciones religiosas, se presentó un fulano con regular contrato de arriendo y ocupó la Abadía,

expulsándolos con injurias, blasfemias y amenazas de golpes. A los misioneros no quedó otra que mudarse, con sus pocas cosas, al aire libre, en el patio al aire libre, entre gente de todo tipo y una multitud de niños ladroncitos ¡Por suerte era el mes de julio, en pleno verano! Prevalció entonces la bondad y la paciencia del Santo, que en primer lugar instó a la calma y la resignación diciendo: *"¡No hay por donde asombrarse! ¡Bien lo saben que, en todas nuestras Casas, en el día de la Fiesta de la Preciosa Sangre, el demonio, por la rabia, nos alborota todo!"*

La victoria final fue de Gaspar, porque él que los había tan maltratados y humillados, admirado y conquistado por su paciencia y por su celo, le entregó "una buena limosna y pidió disculpas". Tan como lo quiso Dios los inquilinos abusivos abandonaron el convento, ¡Pero en qué estado! Así, con la ayuda de Cristaldi y del generoso pueblo de Albano, pudieron realizar reestructuraciones y hacerlo un poco más habitable.

Hoy aquel antiguo convento ya no existe, porque se derrumbó hasta los cimientos por los masivos bombardeos aéreos estadounidenses, durante segunda guerra mundial. En su lugar se levanta, imponente, el nuevo edificio; sin embargo permanecieron milagrosamente, las murallas perimetrales del gran jardín, construidas por las manos del Merlini y del Santo, improvisándose albañiles. Se mantuvo intacta también la hermosísima Iglesia.

Durante los terribles bombardeos fue tangible la mano salvadora de Gaspar. De hecho, el misionero, que con la participación de los estudiantes, en la capilla privada del Colegio, por la mañana celebraba la Misa, inmediatamente después de la consagración tuvo una repentina inspiración y rápidamente se cambió a la Iglesia con los muchachos para continuar la Eucaristía. Después de unos instantes, comenzó un bombardeo furioso. Cesado la alarma se noto la ausencia del viejo hortelano que dormía en el piso superior del convento, ahora reducido a escombros humeantes. De estos se oyeron salir débiles gritos: *"¡Socorro, socorro!"*. ¡Un verdadero milagro! El pobre hombre fue sacado ileso porque, aunque enterrado en los escombros hasta el cuello, quedó con la cabeza protegida por un pilar de hierro que se torció en forma de arco. ¡Ni siquiera un rasguño en todo el cuerpo, aun cuando precipitó con los escombros desde una altura de cuatro pisos!

Sigamos ahora el Santo en un largo itinerario de predicaciones, obras de bien y grandes prodigios en el Lazio; nos detendremos aquí y allá en contar los episodios más significativos.

Sabemos que en muchas circunstancias tuvo que recurrir a la intervención divina, para disipar ¡lluvias y tormentas! En 1817, mientras se encontraba en Sermoneta, fue invitado con insistencia por la población de Cori para tener una función religiosa propiciatoria en honor de la Virgen para implorar el cese de la sequía, que, durante meses y meses, había dejado árida el campo y perjudicado la cosecha. Una noche Gaspar se llevó allí y, reunida la población en la plaza frente la estatua de la Virgen, invitó a los fieles a rezar el rosario y los salmos penitenciales. Entonces comenzó a hablar. "No había todavía concluido su sermón que el cielo, hasta ese entonces estrellado, se llenó de nubes oscuras y se volvió plomizo, y luego comenzó a bajar una lluvia ligera, destemplada, regenerativa, que duró toda la noche y el día siguiente. La cosecha de ese año fue más abundante que en otros".

El párroco de Cori para esa ocasión invitó a Gaspar a tener, como signo de agradecimiento a la Virgen, también una misión. Él adhirió con buena voluntad y la asistencia de la población, conservando el recuerdo del prodigio de la lluvia, fue grande.

Durante la misión el Señor Francesco Cataldi, hijo del Conde Giuseppe, se presentó a Gaspar y le expresó su pesar de no poder llevar, como lo había prometido con un voto, el gran Crucifijo durante la procesión, porque, en arreglar una vela de tres libras, se había perforado el dedo medio de la mano derecha con el punzón del candelero. Tenía la herida vendada, sangrando todavía, pero sentía un gran dolor. Gaspar tomó entre sus manos la herida del joven conde y le invitó a recitar con él tres ¡Ave María; luego se la bendijo agregando: "*Ahora puede tomar el Crucifijo*". Durante el recorrido de la procesión hacia el Santuario de Perpetuo Socorro, Francisco primero advirtió que el dolor iba disminuyendo gradualmente, hasta desaparecer por completo; luego, mirando el vendaje, se dio cuenta de que ya no salía más sangre; finalmente vio caer las vendas sin haberlas soltadas y con asombro notó que el dedo estaba de vuelta sano, sin ningún rastro de la herida, ¡como si nunca hubiera estado herido!

El cochero Mandrella de Cori relata que, durante la Misión, "*Pasando un lugar peligroso, donde se tenían que desconectar los caballos y tirar el coche a manos,*

habiéndose bajado los misioneros, yo me atreví a proseguir sobre el coche con los caballos, pero entonces yo ya estaba a punto de precipitar, cuando escuché el siervo de Dios gritar: ¡Señora mía, sávelo! Como sucedió no puedo explicarlo, pero lo cierto es que en aquel tramo los caballos y el coche volaron sin tocar el suelo porque no había más que vacío y me encontré milagrosamente al otro lado del abismo".

Estaba escrito en el cielo que Cori en esa ocasión, debiese ser una ciudad favorecida por el Señor, porque los prodigios de Gaspar no habían aun terminado. Nos relata de hecho sor Teresa Cherubini, de las Clarisas de Cori, que *"una madre presentó al señor Canónigo del Búfalo una hijita del todo coja, y que no podía estar de pie por sí sola. Él marcó una cruz sobre la infortunada criatura y sugirió a la madre de llevarla frente la efigie de la Virgen y rezar por su sanación, consolándola con estas palabras: No dude, la Virgen le ayudará y creciendo su hijita se sostendrá y podrá caminar solita. La mujer obedeció, y ya mientras rezaba frente al cuadro, la niña puso los pies en el suelo y comenzó a dar algunos pasos. Sé que después sanó por completo".*

Cuenta don Amilcare Rey en su hermosa vida del Santo: *"¡Los pies de tal Apóstol, como si ellos también demostrasen tener el ardor del fuego que está encerrado en su corazón, no pueden estar quietos! Corren, corren siempre, para llevar por todas partes la paz y el bien, aunque se reduzcan en pedazos. En el corazón de Gaspar está el mismo grito de Pablo: El amor de Cristo me quema el alma".*

A principios de 1821, por invitación del cardenal Galeffi, Gaspar comenzó un largo recorrido por Castelli Romani, Ciociaria, y Marittima y Campagna.

Aunque la temporada fuera muy rígida en enero, en pleno invierno lo encontramos ya a predicar Misiones en Ariccia y Galloro con otros cinco misioneros, entre ellos también el Merlini, quien nos cuenta de varios episodios. Multitud en todas partes, ¡iglesias y plazas completas!

Y aquí está el primer prodigio. *"Una mujer estaba clavada en la cama, ni se podía mover. Recuerdo que en esa circunstancia el Siervo de Dios bendijo una imagen de San Francisco Javier y envió a la enferma, dejándole también el mensaje que la esperaría en la misión. Esa misma tarde, fue acompañada a participar de la Misión ya sanada".* El Merlini continúa diciendo: *"Encontrándome, como lo anterior, en Ariccia, en el último día de la misión, mientras íbamos en procesión, encontré a un muchacho que estaba apoyado en*

su madre y que mal se sostenía. Yo le hice ademán con la cabeza hacía el Siervo de Dios para que le pidiera una bendición. Siguiendo adelante me di cuenta que el Siervo de Dios bendijo el muchacho con el Crucifijo que solemos llevar en el pecho. El día después encontré a ese muchacho que estaba caminando solo en el camino que conduce a Galloro. Después de la muerte del Siervo de Dios, él mismo, llamado Giuseppe Schiaffini, vino a visitarme en Albano y precisamente el día 5 de mayo de 1839 y me recordó el hecho mencionado. Tenía por ese entonces unos diecisiete o dieciocho años de edad'. Otro misionero nos entrega del hecho un dato particular: "El muchacho, después de la bendición del Santo, se aferró a su sotana y no quiso soltarla durante toda la procesión".

Desde Ariccia, Gaspar, se fue en procesión a Marino, acompañado por las cofradías y muchos devotos. ¡Encontró la ciudad alumbrada como fuera de día! El sermón de apertura fue tan conmovedor y tocante que esa misma noche un montón de pecadores quisieron confesarse con él. Los habitantes de Ariccia que habían acompañado a Gaspar y otros recién llegados, se quedaron durante toda la misión, porque los habitantes de Marino, olvidando rivalidades de antaño, competían para acogerlos en sus propios hogares.

El 27 de enero los misioneros pasaron a la cercana Castelgandolfo, en este entonces también residencia de verano de los pontífices. Subió al escenario, y Gaspar se puso una soga en el cuello y una corona de espinas en la cabeza y se puso a golpearse con la disciplina. Sus compañeros hicieron lo mismo, despertando en todos grandísima conmoción.

El último día hubo pasó algo singular, maravilloso y conmovedor, que nos recuerda el famoso evento del burrito de San Antonio de Padua se pasó en Rimini. Tal era la multitud que el sermón conclusivo tuvo que llevarse a cabo en la plaza. Mientras el Siervo de Dios predicaba, se encontró pasando un forastero totalmente incrédulo, que, con su burro, se dirigía hacia Marino. En su corazón empezó a reírse y compadecerse de esa "pobre gente que estaba allí para perder tiempo escuchando al aquel cura charlatán..." Pero aquí, como él pensaba de esa manera, el burro se paró y no quería ir hacia adelante, luego se arrodilló y levantó las orejas como querer oír mejor la palabra de Gaspar.



O. Scarpelli

El amo, irritado, empezó a dar golpes con su barrote a su pobre animal para lograr que se moviera. El burro, por más que recibiera golpes, resultó inamovible y, solo después cuando el Santo había terminado su discurso y bendecido los presentes con el gran Crucifijo, se puso de pie de forma espontánea. El singular y prodigioso episodio sirvió para convertir a muchos incrédulos, empezando por el amo de asno.

Desde Castelgandolfo Gaspar, el 13 de febrero, se llevó a Civitalavinia y luego, como ya hemos dicho, en Albano para la apertura de la Casa de Misión. El 22 de abril se encontraba en la diócesis de Viterbo, donde predicó la Misión en Barberano y Bieda, durante la cual logró abatir odiosidades que parecían indestructibles.

El Vicario de Albano, donde la gente ya había conocido el celo de los Misioneros y se dirigía cotidianamente a la iglesia de San Pablo, después de haber sido informado de los eventos de Ariccia, Galloro, Marino y Castelgandolfo, insistió con Gaspar para que predicase una misión en Albano también. Gaspar la empezó el 26 de agosto de la manera habitual, y pronto las personas participaron con entusiasmo. El Merlini, que era del grupo de los predicadores, dice que esta Misión fue acompañada por especiales bendiciones de Dios y que *"siempre se tenía que predicar en el gran plaza del Prato, junto a la Catedral, la que, aunque extensa, se había hecho insuficiente para contener a tanta gente"*. También dice que, a pesar de que misioneros estaban ocupados desde la mañana hasta la noche a confesar, *"no se podía llegara a satisfacer las demandas de los penitentes"*.

"Por el carácter serio de los albaneses" - es siempre el Merlini quien habla - *"y también por las vicisitudes públicas y privadas, muchas odiosidades habían dividido las familias, causando atroces crímenes y escándalos. Gaspar, un verdadero ángel de paz, logró pacificar la ciudad, de hecho lo logró tan bien que nunca más habrá desacuerdo"*. Instituyó la cofradía de los Hermanos Mayores de San Francisco Javier, uno de San Luis Gonzaga, y las cofradías femeninas de las Hijas de María y las Hermanas de la Caridad, las cuales se ocupaban día y noche a la asistencia de los enfermos. Los de San Luis y las de las Hijas de María, dirigidos por Misioneros, *"procuraron durante años sacerdotes y monjas, algunos de los cuales murieron en olor de santidad"*.

Durante las Misiones sucedió que *"un libertino envuelto en degradantes pecados, se burlaba y se mofaba de los Misterios de la Religión, seduciendo a los sencillos e*

ignorantes con gran daño a las almas. Una noche, soñando, le pareció entrar en la habitación el Gaspar y el Valentini que lo invitaron a la penitencia y con gran confianza gritaban: ¡Viva Jesús! ¡Viva María! Por la mañana se despertó gritando, inconscientemente: ¡Viva Jesús! ¡Viva María! Cambiado en el estado de ánimo, corrió a los pies del Siervo de Dios, quien le abrió el corazón entre lágrimas amargas". Hasta aquí relata el Merlini.

Después de un periodo de predicación en Marche, Gaspar volvió en Lazio y el 8 de septiembre fue a Genzano, donde "su trabajo fue realmente inmenso". Baste decir, para darse una idea, que en un solo día, llevó la comunión, con roquete, estola y capa pluvial puestos, como entonces utilizado, a setenta enfermos, subiendo y bajando por gradas, callejuelas angostas en viviendas de varios pisos.

También en este caso, no faltó la confirma de Dios y siempre Merlini quien nos transmite el recuerdo. "*Un hombre, rodeado de toda clase de vicios, ausente en los días de la Misión, o al negarse a escuchar la palabra de Dios, sobrevino en la última noche, y dijo que estaba contento de que finalmente se ponía fin a la payasada. El Siervo de Dios, después del cierre, me ordenó que fuera a predicar el último "sermoncito" llamado "siembra" (por el carácter convocatorio), allí donde Dios me lo hubiera inspirado. Fui a una parte aislada casi desierta de la ciudad, y comencé a predicar con todo el celo posible. No viendo a nadie, estaba a punto de irme, desalentado, temiendo haberme equivocado de lugar... En cambio, justo vivía allí el señalado pecador, el cual, movido por la curiosidad de la novedad de la cosa, sin quererlo, escuchó la divina llamada y penetrado en el corazón y altamente conmovido con amargas lágrimas, repetía: ¡Jesucristo vino a llamarme a mi casa! ¡Qué honor, qué gran misericordia".*

El santo cerró el año en Segni con una Misión que despertó tanto entusiasmo y los habitantes querían que en su pueblo también se abriera una Casa de Misión. Gaspar, en la grandeza de su corazón, habría querido estar presente en todas partes, ya sea en persona, o con sus misioneros, pero se necesitaría un ejército, ¡y Dios aún no le había otorgado muchos!

Esa noche Gaspar era ansiosamente esperado de Segni y él mismo tenía prisa en llegar allí; sólo él sabía por el por qué. "*Un alma*" - dijo a los compañeros - "*necesita urgentemente de nosotros, debemos apresurarnos*". Pero el cochero se negó a subir la

empinada carretera que conduce rápidamente a la ciudad, mientras estaba en furia la tormenta; él entonces, dejó los compañeros y solo se fue a pie. Era noche avanzada y el obispo, que ahora ya no lo esperaba, hizo igualmente tocar las campanas y Gaspar dio el sermón de introducción en la catedral. En Segni había un hombre de veinte años lejos de los sacramentos. Su historia, contada por el Valentini, es alucinante.

El hombre, veinte años antes de la misión, había sido abordado por dos desconocidos que, confiándole que estaban en busca de un tesoro, el había fijado una cita cerca de una cueva. Llegó puntual allí, sin encontrar la entrada de la cueva. Habiendo oído ruidos de picos en el interior decidió entrar y los encontró excavando. Escuchó decir que por artes mágicas, supieron que allí había un tesoro, que sólo siendo en tres podían encontrarlo y compartirlo. A su llegada había llevado a cabo un rito de invocación del demonio. Se les presentaron dos seres espectrales, que habían atormentado a los dos y se los habían llevado. ¿Quizás se trataba de una venganza, bien organizada? Él aterrizado, tuvo la oportunidad de arrancar y encerrarse en la casa.

En el hogar, presa el terror, le pareció ver un monstruo y por eso había invocado a la Virgen. El monstruo se había ido para volver con una hoja de papel para firmar: tenía que dar su alma a Satanás, en cambio de paz y prosperidad. Firmó, pero desde esa noche su vida había sido un infierno. Mientras más recibía dinero, más aumentaba el terror y la miseria. Así habían pasado veinte años, hasta que, la misma noche de la llegada de Gaspar, con el corazón roto había decidido quitarse la vida.

Estaba a punto de cumplir el gesto fatal, cuando oyó el sonido de las campanas. Intrigado, él también fue a la iglesia, la encontró repleta y sintió palabras ricas de esperanza. Gaspar predicó sobre la Divina Misericordia y del poder de patronazgo de la Virgen. Decidió hablar con el Misionero y decirle todo. Cuando la gente se había ido, él se quedó allí, temblando. De repente una mano se puso sobre su hombro y sintió escalofrío. Era Gaspar que lo animaba. Su voz era suave y segura, su mirada dulce y penetrante: - *¡Ánimo hijo, Dios es misericordioso y la Virgen te ama!*

El hombre se echó a llorar: - *Padre santo, ¡si tardaba unos minutos más en llegar, me iba a suicidar! He vendido mi alma al demonio y él no me da más paz.*

- *Me imagino, hijo, pero ahora reconcílate con Dios, vuelve a casa tranquilo, volverá la paz. Satanás está derrotado y encontrarás sobre la cama tu carta. No te olvides nunca de orar a la Sangre de Jesús y a la Virgen.*

¿Qué pensar de este episodio? Incluso entonces estaban en boga las sesiones espiritistas, obraban curanderos y hechiceros... Quien ha transmitido el episodio es digno de confianza. Por otra parte, a partir del Evangelio, de apariciones y posesiones demoníacas está llena la historia y, un cierto poder diabólico, en los límites permitidos por Dios, es innegable. Las vidas de los Santos están repletas de tales apariciones, incluso la vida de Gaspar. No son, estos episodios, verdad de fe y cada uno podrá interpretarlos a su manera. Una cosa es cierta: el poder del mal es enorme y desconcertante, y sólo con la ayuda de Dios podremos substraernos.

El 1822 empezó para Gaspar con varios eventos dolorosos. *"Estando yo alojado en Velletri, - cuenta don Vincenzo María Fontana, - salimos por el acostumbrado "sermoncito siembra" y nos detuvimos en proximidad de una casa escandalosa, donde nos apedrearon. Los malvados, incitados, por desgracia, incluso por parte de sacerdotes y frailes de la ciudad, derramaron calumnias en contra de los misioneros, por lo que Gaspar se vio obligado a cerrar la Casa de Misión, sólo lamentando que desfavorecería el servicio de Dios. Nos instó a perdonar y amar a nuestros enemigos y orar por su arrepentimiento".* Como si esto no fuera lo suficiente, camino a Terracina, encontró la Casa cerrada sin conocimiento previo, y fue propio uno de los suyos a traicionarlo. Don Giacomo Gabellini, sin tener vocación alguna al ministerio apostólico, había traicionado la confianza del Santo y escrito cartas para altas esferas, por las que incluso el Cardenal Cristaldi se había incomodado. En ellas Gaspar se describía como *"hombre imprudente, carente de discernimiento y de gran soberbia"*. El Cristaldi dijo al Santo: *"¿Son estos los hombres que le inspiran tanta confianza?"*.

Con el alma torturada Gaspar fue a dar las Misiones en Vallecorsa, Anagni, Acuto, Alatri y Benevento. Sólo en su ministerio y en el bien que recibían las almas encontraba consuelo. Pero no faltaban las alegrías que el Señor le otorgaba. En Alatri, cuenta el Merlini, un muchacho sanó de una herida a un pie, después de lavarlo con el agua de San Francisco Javier, bendecida por el Siervo de Dios.

Gaspar también se llevó a Bassiano, donde, de regreso, lo hicieron pasar a través de los olivares, que durante años no ha daban más frutos, pidiéndole que los bendijera. Él con mucho gusto dio su bendición con el Crucifijo que llevaba en el pecho. *“¡Un hecho maravilloso!* - Escribe el párroco Santangeli - *desde entonces siempre han dado sus frutos en abundancia, hasta el día de hoy, mientras que los olivares del vecindario se han mantenido como estaban”*. Un prodigio similar ocurrió incluso en Lenola, cerca de Gaeta.

El 1823 aún vio Gaspar en varios pueblos del Lazio. Ya hemos hablado de las predicaciones en Priverno, Veroli, Prossedi, Maenza y Pisterzo; ahora queremos añadir un hermoso episodio ocurrido en Supino, donde él se retuvo durante varios días del 26 de diciembre de ese año. Cansado y entumecido por el frío, llegó allí con sus compañeros a una hora y media de la noche. El pueblo al ver que no llegaban, por temor a una posible agresión depredadora por parte de los bandidos, estaba en temblorosa ansiedad. Tan pronto como los vieron aparecer, como fantasmas blanqueados por la nieve, que caía en abundancia, tocaron las campanas, así que arribados, sin ningún tipo de descanso y refrigerio fueron acompañados a la iglesia para dar comienzo a la Misión. Gaspar, tras percatarse de la extrema pobreza de población, "deshecha también por los bandidos", y debido a graves males moral en las familias, acordó con los jefes de las Cofradías y el clero de hacer algunas limosnas para proveer a los más pobres de colchones, camas y sábanas. A la hora señalada, al no haberse presentado ninguno, como se había decidido, porque les daba vergüenza ir a tocar puertas y pedir limosna, no se perdieron de ánimo y él mismo, acompañado por los otros misioneros y el Hno. Bartolomeo, fueron a los alrededores cargando con bolsos y sacos sobre sus hombros y, el sonido de una campanita, comenzaron a recorrer las calles del pueblo. Al inusual espectáculo, la gente conmovida, donaba todo lo que podía y muchos de los que en primera instancia se habían retirado, se pusieron en pos de los misioneros para ayudarlos.

A principio de enero de 1824, Gaspar, “de treinta y nueve años, pero desgastado antes del tiempo, por las terribles penurias y tristezas”, no dejó las Misiones y se dirigió a la diócesis de Gaeta.

Inmediatamente se fue en Itri, la Región dominada por el bandido "*Fray Diablo*". Ningún cochero quiso llevarlo e incluso el clero y las autoridades lo desaconsejaron ir, habiendo pasado una hora después del anochecer, y también porque los caminos desastrosos, angostos y salvajes, darían espacio a las trampas de los malvados. Los propios compañeros se estremecían y murmuraban. Pero Gaspar les convenció para proseguir a pie y les aseguró: "*No va a pasar nada malo y en esta Misión atraeremos muchas almas a Dios*". Cuando llegaron a noche avanzada, congelados y agotados, tuvieron que acampar en una iglesia, porque no había sido preparado ningún alojamiento. En Itri quedó larga memoria de la Procesión de Penitencia con la estatua de la Virgen Dolorosa, llevada sobre los hombros, en un halo de luz y seguida por una fila interminable de mujeres vestidas de negro con ramitas de ciprés y velas en sus manos. Fueron innumerables las conversiones en esta ciudadela, donde aconteció el episodio del éxtasis del Santo en el confesionario.

Ahora narramos algunos episodios, comenzando con el que el Merlini cuenta de sí mismo. "*Fui llamado por el Siervo de Dios, mientras me encontraba Sermoneta, durante el viaje fui picado por algunos insectos en un pierna. Esta se me hinchó tanto que, llegado aquí en Albano caso no podía caminar. Usé unos ungüentos y el día siguiente me dirigí a Roma, y todavía me sentía una fuerte molestia. El Siervo de Dios quería hacerme caminar por la habitación, pero le dije que no podía. Desaprobó los ungüentos que usé y ya que él insistía en hacerme caminar, le dije que me bendijera el pie, por cierto con la Reliquia de San Francisco Javier. Encontrándome con la pierna bendecida, caminé libremente, ni sentí molestia alguna*".

"*Estando el Canónigo del Búfalo en Pontecorvo*", - narra el padre Berra de los Doctrinarios - "*había un muchacho deficiente, que no lograba aprender nada de lo que se le enseñaba con mucha paciencia y amor. Él fue invitado del muchacho para asistir a una hora de clase y le puso las manos en la cabeza. Sucedió que mientras Gaspar tenía las manos en esa posición, aprendía todo a la perfección, a penas las alejaba, no entendía nada más. Los familiares llorando rogaron al Siervo de Dios de no desprender nunca las manos*". Fue un pedido absurdo, visto el quehacer que se cernía sobre el gran misionero. El cual, de hecho, dijo: - "*Hijos míos, tengo mucho que hacer y no puedo permanecer siempre con ustedes, como me gustaría. Roguemos al Señor para que aclare la mente a*

este buen muchacho". Recitó una oración, lo bendijo y se fue. La familia siguió orando durante la clase del día siguiente y de los demás, el muchacho manifestó una inteligencia poco común. En la misma circunstancia, incluso en Pontecorvo, un granjero llamado Pablo, cuyo caballo, asustado, lo había empujado en un barranco, fue salvado por la intervención del Santo.

Otro acontecimiento milagroso tuvo lugar en *Campo Romano* por obra de Gaspar. Fue llamado por un párroco, don Felice De Benedictis, a acudir a un joven que estaba a punto de dar el último aliento. El Santo fue allí y le aconsejó a don Felice de rezar con él a San Francisco Javier. Envió buscar en la iglesia la imagen de su santo patrono, que solía llevar siempre durante las misiones y exponerla a la veneración de los fieles. Cuando se la llevaron la colocó sobre la cama del enfermo rezó con el sacerdote y los familiares del paciente. Este, el mismo día comenzó a mejorarse y pronto se recuperó del todo.

Ahora estamos en 1825 y ya al principio lo encontramos en Roccagorga, después a Castelforte (hoy Minturno) y de allí en Ferentino, luego en Prossedi. Fue este el año en el que tuvo que sufrir las luchas más humillantes y crueles, desatadas por los enemigos de todo tipo, que lograron engañar incluso al amigo Pontífice León XII, ¡quien le prohibió predicar otras misiones! Era el Año Santo; sectario y masones estaban tramando el derrocamiento del Estado y de la Iglesia. Gaspar intentó hacer el bien que pudo, pero sufrió dolores indescriptibles por el gran mal que derivaban de las almas. Exclamaba: *"¿Cómo daría con mucho gusto mi sangre en defensa de la Iglesia!"* El santo obispo de Terracina, monseñor Carlo Manasse, que bien lo conocía, señalando los sufrimientos de aquel periodo, la época, así escribía: *"En sus grandes sufrimientos, del Búfalo, donde quiera que iba, dio, en el silencio y en la adhesión a la voluntad de Dios, magníficos ejemplos de piedad, abnegación, mortificación, humildad y santidad"*.

Un sacerdote (aunque no aparece el nombre, creemos ver el estilo de San Vicente Pallotti), así depone en los procesos canónicos: *"¿Gaspar vivió el Año Santo traspasado con Cristo en la misma Cruz de su dolor!"*.

San Vincenzo María Strambi, Pasionista, obispo de Tolentino, se preguntaba: *"¿Por qué Gaspar obtiene muchos frutos y conversiones increíbles con su palabra? ¿Por qué Dios es el que predica con sus boca?"*.